

SERMON
PARA EL VIERNES

DESPUES DE CENIZA,
SOBRE EL PERDON DE LAS
injurias.

Audistis quia dictum est antiquis : Diliges proximum tuum, & odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis : Diligite inimicos vestros.

Habéis oído qué se dixo á los antiguos: Amarás á tu próximo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos. *Matth. 5. v. 43. & 44.*

Comunmente se cree que el Legislador de los Judíos usó de una especie de condescendencia y de cuidado al tiempo de publicar la ley del perdon de las ofensas, y que obligado á contemporizar con la flaqueza de un pueblo carnal, y persuadido además de esto á que entre

tre todas las virtudes el amor de los enemigos era la que costaba mas repugnancia al corazon del hombre, se contentó con reglar la venganza, y ponerla límites; no porque quisiese con esto, como dice San Agustin, autorizar los males menores, para precaver los mayores excesos. Esta ley, como todas las demás, tenia su santidad, su bondad, y su justicia; pero mas era un estatuto político, que una regla de piedad: Era muy á propósito para mantener la tranquilidad exterior del estado; pero no tocaba al corazon, y no llegaba á la raíz de los rencores y de las venganzas. Con ella solo se intentaba contener al agresor, amenazandole con la misma pena con que él hubiese molestado á su hermano; ó poner freno á lo sensible de la ofensa, dexandole el temor de que si se excedía en la satisfaccion, se exponia á padecer él mismo el exceso de su venganza.

Aun la Moral de los Filósofos habia puesto el perdon de las ofensas en el número de las virtudes; pero esto mas era pretexto de vanidad, que regla de disciplina; y consistia en que les parecía que la venganza tenia en sí no sé que baxeza, que hubiera desfigurado el retrato y la soberbia tranquilidad de su sabiduría, y porque les parecia cosa vergonzosa el no poderse manifestar superiores á una ofensa. Y así el perdon de los enemigos solo se fundaba en el desprecio que de ellos se hacia. Se vengaban, menospreciando la venganza; y la soberbia facilmente se desquitaba del gusto de vengarse de los que los habian ofendido, en la gloria que se sentia en despreciarlos.

Pero la ley del Evangelio en orden al amor de los enemigos no lisongea á la soberbia, ni condesciende con el amor propio. El Christiano no debe hallar mas consuelo en perdonar las ofensas, que el de obedecer é imitar á Jesu-Christo, los títulos que en un enemigo le presentan un hermano, y la esperanza de

hallar en el juez inmortal la misma indulgencia que él hubiere usado con los hombres. Su caridad no debe tener límites, porque la caridad no los tiene: No conoce excepción de lugares, ni de tiempos, ni de personas, y nunca debe apagarse. Y aun quando la religion de los Christianos no tubiera mas prueba contra la incredulidad que lo grande de ésta máxima, tendria siempre este grado de santidad, y por consiguiente de verosimilitud, sobre las sectas que se han visto en el mundo.

Manifestemos, pues, los motivos y las reglas de este esencial punto de la ley: Los motivos, probando la equidad del precepto, con los mismos pretextos que parece le impugnan: Las reglas, descubriendo la ilusion con que cada uno justifica en sí mismo las infracciones. Esto es, la injusticia de nuestros ódios, y la falsedad de nuestras reconciliaciones. Imploremos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

LOs tres principios mas comunes que unen á los hombres entre sí, y que forman todas las conexiones y amistades humanas, son el gusto, la concupiscencia, y la vanidad. El gusto: Seguimos cierta inclinacion de la naturaleza, en la que haciendo nos hallar en alguna persona mas semejanza con nuestras inclinaciones, y aun acaso mas complacencia en nuestros defectos, nos une á ella, y nos hace hallar en su trato una suavidad, que se muda en enfado para con los demás hombres. La concupiscencia: Buscamos amigos utiles; estos son merecedores de nuestra amistad desde el punto que son necesarios para nuestros placeres, ó para nuestra fortuna. El interés es un grande atractivo para la mayor parte de los co-

razones: Los títulos que nos hacen poderosos, se mudan muy presto en qualidades que nos hacen parecer amables; y jamás faltan amigos á los que pueden pagar la amistad de los que los aman. Finalmente, la vanidad: siempre estimamos á los amigos que nos honran; con tener su amistad nos parece que participamos de la distincion que ellos tienen en el mundo; queremos adornarnos con su reputacion, por decirlo así; y no pudiendo llegar á su mérito, nos honramos con su compañía, para dár á entender, á lo menos, que no hay mucha distancia de ellos á nosotros, y que solamente gustamos de nuestros semejantes.

Estos son los tres poderosos lazos de las amistades humanas. La religion, y la caridad á casi nadie juntan; y de aqui proviene que luego que los hombres nos disgustan, que no son favorables á nuestros intereses, ó que ofenden nuestra reputacion y nuestra vanidad, se rompen los lazos humanos y fragiles que nos unian á ellos, se aparta de ellos nuestro corazon, y no halla en ellos mas que sentimiento y amarguras; y estos son los tres mas universales principios de los rencores que entre sí mantienen los hombres, los que de las dulzuras de la sociedad hacen una carnicería eterna, que emponzoñan todo el gusto de las conversaciones, y toda la inocencia de los comercios, y que combatiendo á la Religion en lo vivo, se nos presentan, non obstante, baxo de unas apariencias de equidad, que los justifican á nuestra vista, y nos tranquilizan.

Dixe, luego que los hombres nos disgustan; y este es el primer pretexto y la primera raíz de nuestra desunion, y de nuestros rencores para con nuestros proximos. Decís que sois incompatibles con aquella persona; que en ella todo os disgusta y enfada; que la tenéis una antipatia; de que no sois dueños; que todas sus acciones son las más propias para enfadaros;

que el verla no serviria mas que de aumentar la natural aversion que la teneis; y que la naturaleza ha puesto en nosotros rencores y amores, semejanzas y aversiones de las que solo ella puede dár razon.

A esto pudiera desde luego responderos, estableciendo los fundamentos de la Doctrina Christiana en orden al amor de nuestros proximos. ¿Aquel hombre, aunque os desagrade, aunque no sea de vuestro gusto, dexa de ser vuestro hermano, hijo de Dios, ciudadano del cielo, miembro de Jesu-Christo, y heredero de las eternas promesas? ¿Su condicion y su genio, sea el que fueren, borra alguna de aquellas augustas señales que recibió en el Sagrado Bautismo, que le unen á vosotros con lazos divinos é inmortales, y os le deben hacer amable y respetable? ¿Quando Jesu-Christo nos manda amar á nuestros proximos como á nosotros mismos, quiere acaso imponer un precepto que no cueste repugnancia al corazon, y en cuyo cumplimiento no hallemos pena ni dificultad? Ah! ¿Qué necesidad habia de que nos mandase amar á nuestros proximos, si en virtud de este precepto solamente estubieramos obligados á amar á aquellos que nos agradan, y para con los que sentimos una inclinacion natural? En este particular no necesita el corazon de preceptos; él mismo es su propia ley. El precepto, pues, supone dificultad de nuestra parte. Jesu-Christo previó que nos habia de costar trabajo el amar á nuestros proximos, que habiamos de hallar en nosotros antipatías y repugnancias que nos apartarian de ello, y por eso unió tan gran mérito á la observancia de este solo punto, y nos declaró tantas veces que en su observancia consistia la de toda ley: luego la aversion á nuestros proximos, lejos de justificar nuestro despego para con ellos, nos hace mas precisa la obligacion de amarlos, y nos pone personalmente en el caso del precepto. Pero además de esto, ¿un
Chris-

Christiano se debe gobernar por el gusto y por el genio, ó por los principios de la razon, de la fé, de la religion, y de la gracia? ¿Y desde cuándo el gusto natural, contra el qual nos manda pelear el Evangelio, se ha hecho privilegio que nos exima de sus reglas? Si la repugnancia que sentimos á nuestras obligaciones fuera título de excepcion, ¿qué fiel no estaria dispensado de toda la ley? Y quanto mas desarreglado tubiera su corazon, mas facilmente hallaria en él su justificacion y su inocencia. ¿Consiste, por ventura, nuestra ley en nuestros gustos? ¿Acaso la religion es el descanso, y no el remedio de la naturaleza? ¿no se tiene por flaqueza, aun segun el mundo, el no reglar nuestros pasos y nuestros pensamientos, nuestros ódios, y nuestros amores para con los demás hombres, mas que por la extravagancia de un gusto de que no podemos nosotros darnos razon á nosotros mismos? ¿Y esta especie de hombres honran, no digo á la religion, pero ni aun á la humanidad? ¿No sirven, aun al mismo mundo, de un espectáculo de desprecio, de irrision, y de censura? ¿Qué confusion sería la sociedad, si solamente el gusto decidiera de las obligaciones y respetos, y si no hubiera otra ley que uniese á los hombres entre sí? ¿Pues si las reglas de la sociedad piden que no sea el gusto solamente el unico principio de nuestra conducta para con los demás hombres, habia de ser el Evangelio mas indulgente en este punto? ¿El Evangelio que nos predica que nos neguemos á nosotros mismos? ¿El Evangelio que nos manda que en todo nos violentemos, y que nos opongamos á nuestros gustos y aficiones? ¿El Evangelio, finalmente, que quiere que el fin de nuestras acciones sea superior á la carne y á la sangre, y que sacrifiquemos á la santidad de la fé, y á lo sublime de sus reglas, no solamente nues-
tras

tras voluntariedades, sino tambien nuestras mas legitimas inclinaciones?

Luego es necesidad el alegar por excusa la aversion á vuestro próximo, quando ésta es vuestro mismo delito. Os quexais de que vuestro próximo os desagrada, y que no está en vuestra mano el sufrirle y contemporizar con él, ¿pero os parece que vosotros no desagradareis á nadie? ¿Nos podreis asegurar que gustais á todo el mundo, y que todos os aplauden y aprueban vuestra conducta? Pues si quereis que os disimulen lo molesto de vuestras acciones, atendiendo á la sencillez de vuestro corazon, y á las qualidades esenciales de que os preciais; si os parece ageno de razon el enfadarse por ciertas vagatelas, y por algunas prontitudes de que muchas veces no somos dueños; si quereis que se juzgue de vosotros por la conducta, por la realidad, y por la rectitud de vuestros procederes, y no por aquellas acciones que son efecto de la indisposicion del ánimo, en orden á las que es imposible estar siempre alerta contra sí mismo, usad de la misma equidad con vuestro próximo; applicaos á vosotros la misma regla; sufridle del mismo modo que vosotros teneis necesidad de que os sufran; y no justifiqueis vuestro desvio con las injustas aversiones que pueden tener para con vosotros mismos. Y esta regla es mas equitativa, porque basta mirar lo que sucede todos los dias en el mundo, para quedar convencidos de que los que mas publican los defectos de sus próximos son los mas insufribles, el terror de la sociedad, y los mas molestos á los demás hombres.

Y aqui pudiera preguntaros, amados oyentes míos, ¿si esa oposicion que os hace tan insufrible vuestro hermano, no depende mas de vosotros, esto es, de vuestra soberbia, de la extravagancia de vuestro humor, y de la incompatibilidad de vuestro genio, que de él? Quisiera preguntaros, ¿si todo el mundo vé en él lo que
os

os parece que veis vosotros? ¿si sus amigos, sus parientes, y sus iguales le miran con los mismos ojos que vosotros? Y aun quisiera preguntaros, ¿si no son sus buenas prendas lo que en él os desagrada? ¿Si no mueven mas la aversion que le teneis, sus talentos, su reputacion, su fama, y su fortuna, que sus defectos? ¿Y si no ha sido hasta ahora todo su pecado para con vosotros la clase en que se halla, ó el mérito que le adorna? Muy facil es el engañarse á sí mismo en este punto; la envidia es una pasion que tiene grande habilidad para disfrazarse; como esta pasion es en sí vil y cobarde, y nos manifiesta interiormente nuestra baxeza, siempre se nos presenta con exterioridades estrañas que nos las ocultan; pero registrad bien vuestro corazon, y hallareis que todos aquellos sugetos que os hacen sombra, ó que son mas estimados que vosotros, tienen la desgracia de desagradaros; que solamente estimais á los que nada os pueden disputar: que todo lo que os excede ó iguala, os enfada y molesta, y que para poder aspirar á vuestra amistad, es necesario no formar derecho alguno á vuestras pretensiones ni á vuestras esperanzas.

Pero paso mas adelante, y os suplico que me esteis atentos. Quiero concederos que vuestro próximo tiene aun mas defectos de los que le imputais. ¡Ah! Sois tan benignos y cariñosos con aquellos de quienes esperais vuestra fortuna y vuestra colocacion, siendo asi que su genio, su soberbia, y sus modales os irritan; sufrís su altivez, sus desayres, y sus desprecios; disimulais sus inconstancias y sus desigualdades, y no desistís por eso; siempre es vuestra paciencia mas fuerte que vuestra oposicion y repugnancia, y nada dexais de hacer por agradarlos? ¡Ah! Si mirarais á vuestro proximo como á aquel de quien depende vuestra eterna salud, como á quien sois deudor, no de una fortuna de barro y perecedera, sino de la misma dicha de vuestra eternidad, ¿seguiriais para con él la extravagancia de vuestro gusto?
¿No

¿No venceriais la injusta oposicion que os separa de él? ¿Os costaria tanto trabajo el convinar vuestras inclinaciones con vuestros intereses eternos, y el hacerlos una violencia util y necesaria? ¿Nada reusais padecer por el mundo y por la vanidad, y teneis por injusticia el que se os pida unicamente que deis un paso trabajoso por la eternidad?

Y no me digais que estas son unas repugnancias de la naturaleza, de las que no podemos dár-razon, y que nosotros no somos dueños de nuestros gustos y de nuestras pasiones, porque aunque en parte decís bien, hay otro amor de la razon, y de la religion, que debe siempre vencer á la naturaleza. El Evangelio no os pide que os guste vuestro hermano, lo que os pide es que le améis; esto es, que le sufrais, que le escuseis, que oculteis sus defectos, que le sirvais, en una palabra que hagais por él lo que quisierais que los demás hicieran por vosotros. No consiste la caridad en un gusto ciego y antojadizo, en una inclinacion natural, en una simpatía de genios y temperamentos, sino en un amor justo, ilustrado, racional, en un amor que nace de los movimientos de la gracia, y de los fines de la fé: El amar á nuestros próximos solamente por gusto, no es propriamente amarlos; esto es amarse á sí mismo: Solamente la caridad es quien hace que los amemos como se debe, y la que puede formar amigos sólidos y verdaderos: Porque el gusto continuamente se muda, y la caridad nunca muere: El gusto se busca á sí mismo, y la caridad no mira mas intereses que los del objeto que ama: El gusto no resiste á una pérdida, á un mal proceder, á una desgracia, y la caridad es mas fuerte que la muerte: El gusto solamente ama lo que le acomoda, y la caridad se acomoda á todo, y todo lo sufre por el objeto amado: El gusto es ciego, y muchas veces nos hace amables los vicios de nuestros próximos, y la caridad nunca aplaude la iniquidad, y solo ama la verdad en los demás hombres; luego son mucho mas cons-

tan-

tantes los amigos que nos dá la gracia, que los que hace la inclinacion natural, pues el mismo gusto que une los corazones, muchas veces en el instante siguiente los separa; pero los lazos formados por la caridad duran eternamente. La injusticia é inconstancia de nuestro gusto es el primer principio de nuestro amor y de nuestro aborrecimiento; el segundo es el interés, porque no hay cosa mas freqüente que el oíros justificar vuestros rencores, diciendonos que tal persona no ha omitido diligencia alguna para perderos; que ha trastornado vuestra fortuna; que todos los dias os está armando nuevos lazos: que en todos los negocios os encontrais con él, y que es cosa muy dificil el haber de amar á un enemigo tan declarado contra vosotros.

Pero supongo que decís verdad, y os respondo. ¿Por qué quereis añadir á los demás males que os ha hecho vuestro próximo, el de aborrecerle, que es el mayor de todos; pues con los demás solo ha conseguido quitaros unos bienes frívolos y perecederos, y este pierde vuestra alma, y os priva para siempre del derecho que teneis al reyno inmortal? Mas daño os haceis á vosotros mismos aborreciendolo, que quanto pudo hacerlos toda su malicia. Quiero concederos que ha trastornado vuestra fortuna temporal; pero si vosotros le aborreceis, trastornais todo el fundamento de vuestra salud eterna: demos que os ha usurpado el patrimonio de vuestros padres; pero para vengaros es preciso que renunciéis la herencia del Padre Celestial, y el eterno patrimonio de Jesu-Christo: luego viene á caer la venganza sobre vosotros mismos, y para consolaros en los males que os ha hecho vuestro próximo, os disponeis á vosotros mismos un mal sin fin y sin medida.

Además de esto; ¿el odio á vuestro próximo os restituye las utilidades que él os ha quitado? ¿Mejorais así de condicion? ¿Qué provecho sacais de vuestro rencor y sentimiento? Os consolais, decís, con aborre-

cerle, y este es el único consuelo que os queda, ¿pero qué consuelo es ¡gran Dios! el del aborrecimiento? ¿esto es, el de una pasión infame y violenta, que despedaza el corazón, que derrama la inquietud y la tristeza en vuestras almas, y que empieza castigándonos y haciéndonos infelices? ¡Qué gusto tan cruel el del aborrecimiento, esto es, el llevar sobre el corazón un peso de amargura que emponzoña toda la vida! ¡Qué modo tan bárbaro de consolarse! ¡No sois dignos de lástima quando buscáis un alivio para vuestros males, que no hace mas que eternizar, con el aborrecimiento, una ofensa transitoria?

Pero dexemos este estilo humano. Hablemos con el estilo del Evangelio, al que están consagrados nuestros labios. Si fuerais Christianos, amados oyentes míos, si no hubierais perdido la fé, lejos de aborrecer á aquellos de quienes se ha valido Dios para trastornar vuestras esperanzas y vuestros proyectos de fortuna, los miraríais como instrumentos de las misericordias de Dios para con vuestra alma, como ministros de vuestra santificación, y como felices escollos que han servido para libertaros del naufragio. En el estado de elevación y crédito, os hubierais perdido, os hubierais olvidado de Dios; vuestra ambición se hubiera aumentado con vuestra fortuna, y os hubiera sobrecogido la muerte en la confusión del mundo, de las pasiones, y de las esperanzas humanas: pero el Señor, para preservar vuestra alma, os suscitó con su gran misericordia unos obstáculos que os detuvieron en el camino; se sirvió de un envidioso y de un rival para abatiros, para apartaros de los favores, y ponerle entre vosotros y el precipicio en que ibais á caer, y á perecer sin remedio: Favoreció, por decirlo así, su ambición y sus intentos, y por un exceso incomprendible de bondad para con vosotros trastornó los vuestros: Ensalzó á vuestro enemigo en lo temporal para salvaros á vosotros en lo eterno. Debeis, pues, adorar los de-

designios de su justicia y de su misericordia para con los hombres; mirar á vuestro próximo como la feliz ocasión de vuestra salud; pedir á Dios que pues se sirvió de su ambición, ó de su mala voluntad para salvaros, le inspire un sincero arrepentimiento, y no permita que perezca el que tanto ha contribuido á vuestra eterna salud.

Sí, Católicos, nuestros odios unicamente provienen de nuestra poca fé. ¡Ah! Si miráramos todo lo que pasa como un humo que no tiene consistencia; si estuviéramos persuadidos á que quanto hay en el mundo es nada, y que la salvación es el principal negocio; que nuestro tesoro y nuestras verdaderas riquezas solamente existen en la eternidad, á la que hemos de pasar dentro de un instante; si estuviéramos persuadidos á esto, miraríamos á los hombres que se resienten, se alteran, y tienen entre sí disputas y quimeras por las dignidades de la tierra, como á niños que riñen entre sí por unos juguetes que solo sirven de diversion á su edad, en la que los odios y rencores pueriles solo se fundan en unas vagatelas, que solamente la infancia y falta de razón aumenta á su vista. Estos viven tranquilos en medio de los mayores y mas funestos sucesos, de la pérdida del patrimonio de sus padres, de la ruina de su familia, y sienten vivamente el que los quiten los frívolos objetos que sirven de diversion á su niñez. De este modo ¡ó Dios mio! los hombres insensatos y pueriles no sienten la pérdida de su patrimonio celestial, de aquella inmortal herencia que les dexó Jesu-Christo, y de la que ya gozan sus hermanos en el cielo; miran con tranquilidad la pérdida del reyno de Dios, y de los verdaderos bienes, y se enfurecen unos contra otros, como niños, quando se llega á sus pueriles diversiones, y quando los quitan los juguetes que no tienen mas valor que para engañar su debil razón, y para servir de divertimento á su niñez.

Luego el interés es para el Christiano un pretexto indigno y culpable del ódio á sus próximos ; pero aun admite menos excusa la vanidad , que es la última raíz.

Porque , Católicos , nosotros queremos que nuestros defectos sean aplaudidos y aprobados como si fueran virtudes ; y aunque conozcamos nuestras flaquezas , somos tan injustos que queremos que no las vean los demás , y que nos alaben ciertas qualidades que nosotros nos reprehendemos á nosotros mismos como vicios. Quisieramos que los hombres no abriesen la boca sino para publicar nuestras alabanzas , y que el mundo , que á nadie perdona , que no disimula aun á sus Soberanos , admirase en nosotros lo que en los demás censura.

A la verdad , os quejais de que vuestro enemigo os ha desacreditado en público y en secreto ; que á la calumnia ha añadido la murmuracion ; que os ha tocado en lo mas vivo y sensible ; y que no ha omitido diligencia alguna para quitaros el honor y la reputacion con los hombres.

Pero antes de responderos os podía decir desde luego : Dudad siempre de lo que os cuentan que ha dicho vuestro próximo , porque las mas inocentes conversaciones llegan siempre á nuestra noticia emponzoñadas por la malicia de las lenguas por donde pasan. Hay muchos aduladores indignos , que quieren agradar á costa de los que no agradan. Hay muchos espíritus viles y perversos , que solo se deleytan en descubrir mal donde no le hay , y en ver reynar la discordia entre los hombres. Hay muchos genios indiscretos é inconsiderados , que refieren , sin ser del caso , y con un tono malicioso , lo que solo se habia dicho antes con inocente intencion. Hay muchos hombres naturalmente ponderativos , en cuya boca todo crece , todo se aumenta , todo excede los límites de la verdad sencilla

y

y natural. No quiero mas testigos que á vosotros mismos. ¿ No os ha sucedido alguna vez , que hayan dado siniestro sentido á vuestras mas inocentes conversaciones , y añadido á ellas algunas circunstancias que no os habian pasado por el pensamiento ? ¿ No os quexasteis entonces de la injusticia y de la maldad de la relacion ? ¿ Pues por qué no habreis podido ser engañados en la que os han hecho ? Si lo que pasa por tantos conductos se altera regularmente , y nunca llega á nosotros como se dixo en el principio , ¿ por qué habeis de querer que solamente las conversaciones que se dirigen á vosotros , estén libres de este destino , y merezcan mas atencion y creencia ?

Me respondereis sin duda , que aqui no vienen estas máximas generales , pues los hechos de que os quejais no son dudosos. Está muy bien , pero os pregunto , ¿ vuestro próximo no tiene las mismas quejas de vosotros ? ¿ Han hallado en vosotros sus defectos mas indulgencia y caridad ? ¿ Habeis hecho siempre justicia á sus buenas prendas ? ¿ Habeis impedido el que se hable mal de él en vuestra presencia ? ¿ No habeis contribuido á la malignidad de estas conversaciones con una fingida moderacion , y con unas medias palabras , que solo sirvieron de encender el fuego de la detraccion , y de dar armas contra vuestro próximo ? Os pregunto : ¿ habeis usado de esa circunspeccion con los demás hombres ? ¿ Os habeis compadecido de las flaquezas ajenas ? ¿ No está siempre vuestra lengua bañada de hiel y axenjos ? ¿ No ha corrido siempre peligro entre vuestras manos la reputacion mas bien fundada ? ¿ Los lances mas funestos y secretos no se hacen públicos inmediatamente por vuestra malicia é imprudencia ? Oh hombre , y qué delicado eres en lo que mira á tu propia persona ; nosotros necesitamos valernos de todo el terror de nuestro ministerio , y de los mas poderosos motivos de la religion para persuadirnos

sua-

suaderte á que perdones á tu próximo una sola conversacion, ó una palabra que acaso dixo por descuido, por casualidad, movido de la ocasion, ó de un justo sentimiento, ¿y la libertad de tus conversaciones para con los demás no ha de conocer ni aun los límites de la cortesía y buena crianza que prescribe el mundo?

Quiero concederos que en nada faltáis á la moderacion que debéis tener con vuestro próximo: ¿Pero qué haceis con aborrecerle? ¿Borraís con eso las siniestras impresiones que pudieron dexar sus dichos en el espíritu de los demás hombres? Haceis una nueva llaga en vuestro corazon, y os atravesáis vosotros mismos un puñal que dá la muerte á vuestra alma; le quitáis la espada de sus manos, si es lícito decirlo así, para atravesaros vosotros con ella. Hacednos ver en la inocencia de vuestras costumbres, y en la integridad de vuestra conducta, la injusticia de sus dichos: Disipad con una vida irreprehensible las ideas que puede haber dado contra vosotros: Haced con las virtudes opuestas á los vicios que os imputa, que cayga sobre él la baxeza y la iniquidad de sus calumnias. Este es el modo justo y lícito de vengaros. Triunfad de su malicia con vuestras costumbres y con vuestro silencio: De este modo pondreis, como dice la Escritura, carbones encendidos sobre su cabeza; el público se pondrá de vuestra parte; á vuestro enemigo no le quedará mas que la vergüenza de sus excesos é imposturas. Pero el aborrecerle es venganza de cobardes, es el triste consuelo de los culpados; en una palabra, es el recurso de aquellos que no le pueden hallar en la virtud y en la inocencia.

Pero finalmente, dexemos todas estas razones, y vamos al punto esencial. Se os manda que améis á los que os maltratan y calumnian; que rogueis por ellos; que pidáis á Dios que los convierta, que mude su per-

perverso corazon, que los inspire pensamientos de paz y de caridad, y que los coloque en el número de sus Santos. Se os manda que los mireis anticipadamente como á ciudadanos de la Jerusalém celestial, con los que habeis de bendecir eternamente las riquezas de la Divina misericordia, reunidos con ellos en el seno de Dios, participando de su misma felicidad, formando con ellos una misma voz para cantar las alabanzas inmortales de la gracia. Se os manda que mireis las injurias como beneficios, como castigo de vuestros ocultos pecados, por los que tantas veces habeis merecido ser confundidos en la presencia de los hombres, y como premio del Reyno de Dios, el que solo está prometido á los que sufren con piedad las persecuciones y calumnias.

Porque finalmente, es preciso venir á parar en esto. El amor propio bastaria para amar á los que nos aman, á los que nos alaban, y á los que publican nuestras virtudes falsas ó verdaderas. En esto consistia, dice Jesu Christo, toda la virtud de los Paganos. *Nam & ethnici hoc faciunt.* (a) Pero la religion pasa más adelante, quiere que amemos á los que nos aborrecen y despedazan; á este precio quiere que compremos las misericordias de Dios; y nos declara que no podemos esperar perdon para nosotros, si no perdonamos á nuestros proximos.

Y á la verdad, decidme, ¿cómo quereis que Dios olvide los delitos y los horrores de toda vuestra vida, y que se muestre insensible á los ultrajes que tantas veces habeis hecho á su gloria, quando al mismo tiempo vosotros no podeis olvidar ni aun una sola palabra ofensiva; quando al mismo tiempo sois tan vivos, tan delicados, tan furiosos en orden á los in-

(a) Matth. 5. v. 47.

tereses de vuestra fama , quando acaso gozais de una reputacion que jamás habeis merecido , y estariais cubiertos de una eterna confusion si os conocieran por lo que sois ; en una palabra , quando ni aun las mas injuriosas conversaciones no descubren la mitad de las ocultas miserias de que sois culpables en la presencia de Dios ? ¡ Oh Señor , qué pocas excusas os podrán alegar los pecadores , quando pronuncieis contra ellos la sentencia de su eterna condenacion !

Acaso me dizeis que estais convencidos de las obligaciones que os impone la religion en este punto. Pero en vosotros han vencido las leyes del honor á las de la religion. Que si sufrís con paciéncia algunas palabras y algunas acciones de cierta naturaleza , quedareis afrentados para siempre con los hombres: Que el perdonar una ofensa por motivo de religion es una cobardía y una mancha , á la que nunca perdona el mundo , y que en este particular no conoce el honor , excepcion ni privilegio.

¡ Qué honor es este , Católicos , que no podeis comprarle sino á costa de vuestra alma y de vuestra eterna salvacion ? ¡ Qué dignos sois de lástima si no podeis libertaros de la ignominia sino á costa de un pecado ! Bien sé que en este punto parece que las falsas leyes del mundo vencen á las de la religion , y que aun los mas prudentes , en medio de conocer la locura de este abuso , no obstante son de opinion de que es preciso sujetarse á él. Pero yo hablo en la presencia de un Príncipe , que con una prudencia superior á la del mundo , y justamente indignado contra un furor tan opuesto á las máximas del Evangelio como á los intereses del Estado , ha hecho ver á sus vasallos qual sea el verdadero honor ; y que quitandoles de las manos las armas criminales , ha declarado perpetuamente infames aquellas venganzas , á las que

que el error público habia vinculado una fama deplorable.

¿ Es posible , Católicos , que una máxima abominable , autorizada unicamente por las bárbaras costumbres de nuestros mayores , que la han deribado hasta nosotros , haya de vencer todas las reglas del Christianismo , y las leyes mas inviolables del estado ? ¿ No ha de ser afrenta el manchar las manos con la sangre del próximo , y lo ha de ser obedecer á Dios , y al que ocupa su lugar en la tierra ? ¿ Es posible , que la fama ha de consistir en el furor , y la cobardia en el generoso respeto á la religion , y al Soberano ? ¿ Temeis el ser tenidos por cobardes ? Manifestad vuestro valor derramando vuestra sangre en defensa de la patria ; id á la frente de nuestros exércitos á desafiar los peligros , y á buscar la fama en la obligacion ; asegurad vuestra reputacion con acciones dignas de conservarse en nuestras historias , y de ser contadas entre los memorables sucesos de un reynado tan glorioso. Este es el valor que pide el estado , y autoriza la religion. Despreciad , pues , las venganzas bárbaras y personales ; miradlas como una ostentacion pueril de valor , que las mas veces oculta una verdadera cobardia ; como un recurso vil y vulgar de los que no tienen prenda alguna con que señalarse ; como una prueba violenta y equívoca de valor , que por fuerza saca de nosotros el mundo , y á la que muchas veces resiste el corazon. El mismo mundo , lejos de imputaros á venganza este perdon , os formará de él un nuevo título de honor ; asi pareceréis mas grande , y enseñareis á vuestros iguales que el valor desordenado no es mas que un temor brutal ; que la moderacion y la prudencia siempre tienen parte en la verdadera gloria ; que todo lo que afrenta á la humanidad no puede honrar á los hombres , y que el Evangelio que manda perdonar , ha formado mas heroes que el mismo mundo que quiere la venganza.

Acaso tambien me dizeis que no os pertenecen estas